

PICTOGRAFÍAS ANDALUZAS, por MANUEL GÓMEZ-MORENO.



SIERRA de Mágina es lo más elevado de un macizo montañoso, de formación jurásica, que puja entre Granada y Jaén, una de cuyas estribaciones septentrionales, el Asnatín, forma en su base amplia meseta y una cortadura gigantesca, bajo la que se fundó la moderna villa de Jimena, dejando escondidas tras de sí Torres, Albanchés y Bedmar, todo ello dentro de la cuenca superior del Guadalquivir, á poco de su confluencia con el Guadiana menor.

Dicha cortadura, que denominan allí *cimbra*, de cara á norte y con bravío ceño, ofrece, en medio de su tajada mole, una concavidad, hasta donde fácilmente se llega por una especie de retallo en la roca, que á distancia parece camino, y sin embargo es demasiado gigantesco y abrupto para deberse á la ruin mano del hombre. Jimena queda como medio kilómetro hacia noroeste; á menos distancia, por oriente, la ermita y manantial de Cánava, que presta su nombre á aquellos contornos; y de frente se dominan, la sierra de Bedmar y cerro de Figue; la Loma, con Baeza y Úbeda; los terrenos de Linares, heredera de la famosa Castulo, y la sierra Morena en lontananza (Fig. 1).

Dicho socavón es la cueva de la Graja, muy visible desde lejos y conocida siempre; más ningún cuento fraguó sobre ella la fantasía popular, ni sus pinturas, aun observadas desde que hay memoria, llegaron á estimarse por antiguas. Sólo en 1902 corrióse fama de ellas; don Eduardo Cobos, ilustrado granadino y notario de Jimena, subió á verlas, dióme noticia de ellas como pudo, y á su buena amistad debo ahora cuantos medios eran deseables para el buen logro de mi exploración; simultáneamente, don Pedro Torres, jefe del Archivo de Indias, obtuvo por su parte algunos datos, sin lograr hacerles valer entre las personas á quienes consultara, y así se ha estado aquello hasta el presente.

La cueva, propiamente dicha, es un simple agujero en la roca, con desarrollo de uno á dos metros, y en su fondo otra cavidad menor y en alto; formado todo por un curso de agua subterráneo, allá en remotas edades. Como vestigios de la presencia del hombre, sólo se advierten allí, el pulimento que un sobajeo reiterado imprimió en las partes bajas, el humo que ennegrece las altas, y algún corte, rudamente hecho en la piedra, como para agrandar aquello. Fuera, extiéndose un suelo de roca viva, casi llano y de unos quince metros cuadrados, con dos paredes en ángulo, hacia sur y oeste, cuyo vértice ocupa la cueva, y que se mantiene á cubierto del cielo gracias á una saliente peña; es, pues, lo que llaman



Fig. 1. — La cimbra de Cánava con la cueva de la Graja (Jimena: Jaén).

los prehistoristas un *abrigo*. Su acceso está por oriente, á lo largo del acantilado; y aunque allí entra poco sol, expuesta como se halla hacia norte la rinconada, en cambio está muy á resguardo de los aires lluviosos de sudoeste. El agua, cayendo gota á gota del techo, forma pozas en el suelo; y antes hubo de manar con más abundancia, puesto que una gruesa costra de concreciones calizas recubre los sitios expuestos al chorreo. En cuanto á la piedra, es una caliza muy compacta, blanca y con fósiles de carditas, al parecer, variados en tamaño (Fig. 2).

Posición dominante, refugio y agua han podido atraer siempre á cazadores, pastores y muchachos hacia aquel sitio; mas ello no basta para justificar el desgaste y pulimento, que, á fuerza de un roce muy asiduo, se produjo en el suelo y en retallos aun los menos capaces para sentarse, así dentro de la cueva como por todo el abrigo, revelando quizá mucha concurrencia de gentes en aquel sitio, á favor de circunstancias desconocidas, sobre las que me abstengo de fantasear, si bien sugiere algo extraordinario el ver llenas sus paredes de extrañas pinturas. Respecto de visitantes curiosos, los que dejaron nombres y fechas escritos por allí, son todos recientes, y no lo parecen menos las mutilaciones con que, á golpes de piedra, van borrándose algunas de dichas pinturas; pues, naturalmente, una vez que la atención y el interés se han fijado en ellas, ha de excitarse

el instinto de los bárbaros modernos para destruirlas. Y henos aquí ya de frente al problema arqueológico.

En efecto, los dos lienzos de peña que forman pared ante la boca de la cueva, en extensión como de cuatro metros sobre la izquierda y tres á la derecha, están salpicados de dibujos hechos á pincel con cinabrio, en los puntos lisos y resguardados, y siempre al alcance de la mano, salvo un grupo, el más copioso é intacto, al que con trabajo puede llegarse (Fig. 3). Otras han

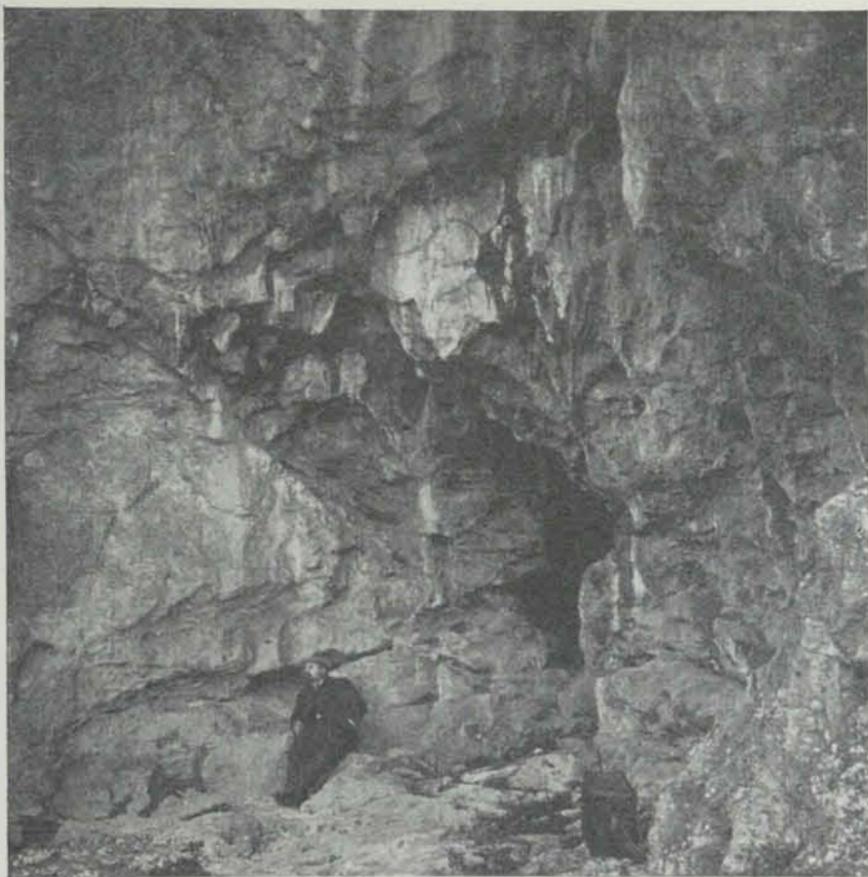


Fig. 2. — La cueva de la Graja.

podido desaparecer bajo los sedimentos calcáreos arriba referidos, según parece comprobarse en algún sitio, y de ser así, tendremos prueba evidente de su antigüedad. El color achocolatado de tales pinturas baja á vermellón cuando un roce violento aligera la masa de cinabrio; pero en el grupo aludido más alto hay tres figuras hechas, después que las otras, con vermellón de buena calidad — que así me lo pareció, más bien que almagra. — Su persistencia es tal que ni frote ni agua las borran ni aun debilitan, y permanecen bien conservadas, salvo donde se ha puesto empeño en deshacerlas á fuerza de golpes. Indudablemente, el color se usaba líquido, disuelto en sangre acaso, y á pincel, formando trazos ya sutiles ya gruesos hasta más de un centímetro. Sépase que el temple hecho con suero de sangre es inatacable al agua; lo usaron nuestros moros, y quizá se tiñó y decoró mediante él nuestra cerámica prerromana; además, pudo inventarse por acaso: recuérdese cuánta fuerza y solemnidad se atribuye á escribir con la propia sangre, reminiscencia tal vez de una idea primitiva; mas como ella se decolora rápidamente, hubo de ocurrirse el mezclarla con una substancia mineral roja, y fué lo bastante.

Las figuras de la cueva no exceden de quince ni bajan de tres centímetros en largura. He aquí adjunta copia de todas ellas, á partir desde el extremo izquierdo, hacia donde primero se llega; sin otra variación que aminorar distancias entre las figuras aisladas, y señalando bien sus agrupaciones. Lo principal

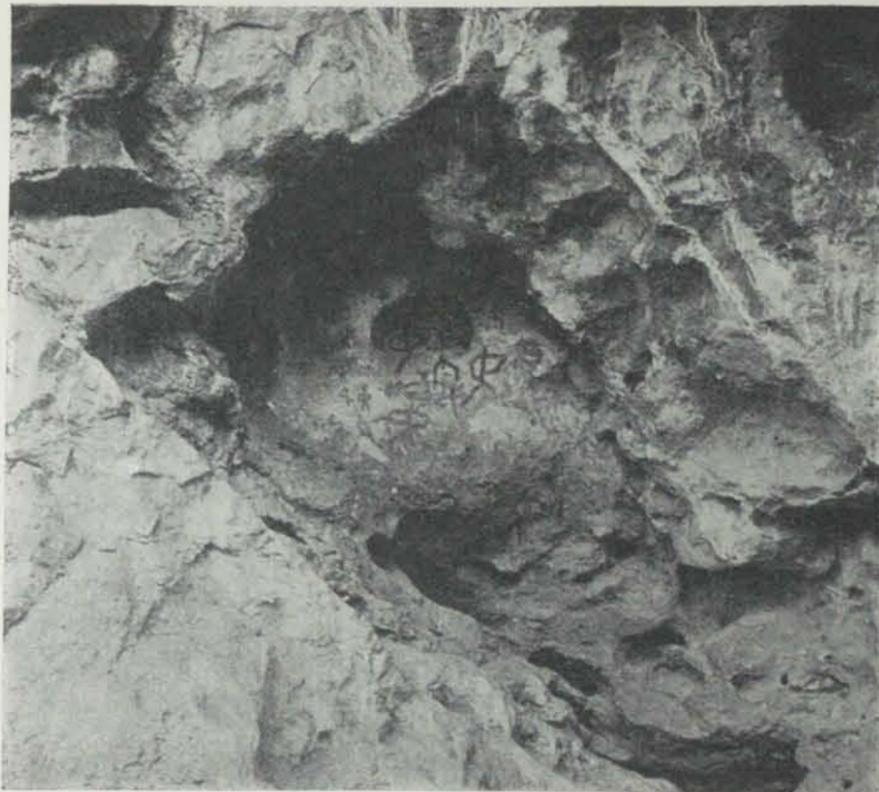


Fig. 3. — Grupo alto de pinturas en la cueva de la Graja.

creíble, porque las obras modernas de artistas autodidactas, llamémosles así, son imitaciones, más ó menos inhábiles y con heredados convencionalismos, de seres y cosas notorios y fáciles de reconocer, y valiéndose de procedimientos los más expeditivos: grabado, carbón, yeso, etc... Lo contrario que enseñan estas pinturas de Jimena, descabelladas en sus formas é inimitables en su técnica para cualquiera del vulgo. Ciertamente nos hallamos ante obras, no de esparcimiento infantil, sino alusivas á una sociedad extraña y remota, bien anterior á la greco-fenicia, que precedió al dominio romano en nuestro país, bajo manifestaciones de arte ya conocidas y muy cultas. Los ejemplares análogos, á que llaman pictografías — cuyo distintivo es el diferenciarse de los meros signos y adornos y de las representaciones puramente artísticas — danse como fenómeno general en los estados primitivos de muchos pueblos, y ello es notorio, así como la gradación de aspectos que ofrecen. Originariamente sólo se ocurrieron al hombre verdaderas copias de seres naturales, que trazaba en pizarra y hueso ó en las bóvedas de las cavernas: la exactitud de impresión, ó sea un realismo vivísimo resplandece en ellas; son obras de arte valiosas, dentro de su simplicidad, y responden á un estado el más primitivo, prehistórico en absoluto y de salvajismo, según acreditan semejanzas con otros pueblos que han resistido á toda evolución ulterior. Progresando la vida humana, obsérvase luego un atrofiaamiento en el espíritu de observación, dote soberana del salvaje, tal vez por efecto de la organización social; entonces sobreviene el amaneramiento, con la enseñanza de unos á otros, distinguiéndose, de una parte el positivismo, que se

va dibujado sobre calcos y fotografías, y dejo indecisas las pinturas borrosas, aunque sean fáciles de restituir algunas por sus repeticiones. (Figuras 4 á 8.)

Apenas cabe cuestión para el bien avisado, respecto de la autenticidad y vejez de estas pinturas. Un fraude reciente es inverosímil, siendo ellas conocidas de tiempo inmemorial por las gentes del pueblo. Que sean obra de pastores, opinión vulgar en Jimena, tampoco se hace

ingenia por convertir en fórmula, en signo lo que antes era figura; y de otra, el arte que evoca la sensación estética en obras donde bastaran claridad y exactitud relativas para llenar su fin. Éste, el gran arte, vive dentro de sí, inmutable en sus ideales, como expansión necesaria é irreflexiva del alma, y es vida tan absorbente, que prevalece sobre las razones sociales, haciendo del artista un ser anómalo y fuera de la sociedad en cierto modo, un individualista irreductible; y he aquí por donde el salvajismo puede explicarse como una sociedad de artistas, ó ellos como supervivencias de salvajismo. Al contrario, quien no siente de arte supedita sus manifestaciones á fines positivos; no crea, pero inventa, y sus inventos hacen que la vida social evolucione y se desarrolle. El hombre juicioso ve siempre algo trascendental en el fenómeno; de observador se transforma en pensador; y el arte es para él un medio, una fuerza enderezada hacia razones últimas constituyendo la ciencia.



Fig. 4. — Pinturas de las cuevas de la Graja (Jimena: Jaén)
Lienzo izquierdo (a) — Escala, 1 : 5.

Volvamos al tema: en los grabados y pinturas de Dordoña y de Santander, que se atribuyen al período magdaleniano, vemos un arte primordial de hombre salvaje, prehistórico á todas luces; su campo es la fantasía; si algo de ulterior revelaban, ello no imprime carácter, y así escapa á nuestra penetración. Las pictografías son, por el contrario, tan de rutina, sumarias, torpes y alejadas de lo natural, que bien se ve que no respondían al ciclo del arte, sino al de las ideas evocadas mediante figuras; es decir, que son signos y no imágenes; y han de atribuirse á una sociedad algún tanto avanzada, con sistema de escritura más ó menos embrionario, porque escritura en último término son las tales representaciones.

Ellas abundan por todo el mundo, como fase transitoria hacia el sistema jeroglífico y sus simplificaciones lineales, solamente abolido con la invención muy posterior y localizada del alfabeto; y aun hay pueblos, como los Pieles-rojas y Esquimales, que suministran ejemplares recientes, textos vivos, por decirlo así, de tal género de escritura ideográfica. Aquí en España parecen reconocerse



Fig. 5. — Pinturas de la cueva de la Graja. — Lienzo izquierdo (b)
Escala, 1:5.

dos diversas escuelas de pictografías: La una, occidental y acaso menos primitiva, se relaciona con los grabados de megalitos bretones, irlandeses, etc. (1), correspondiéndole una peña en S. Jorge de Sacos (Pontevedra) (2), otras en la Beira alta, y «as Letras» de Anciães (Tras-os-montes) (3). Son inexplicables casi siempre sus signos, de aspecto geométrico por lo común y que á veces degeneran en adornos; además, nótase monotonía de formas, predominando corto número de ellas con escasa variación

repetidas, y diferenciándose en cada grupo, como si, dentro de un mismo sistema, se mudase la clave de signos de unas localidades á otras.

La segunda escuela, más oriental y con nuestras pinturas de Jimena en primer término, es comparable á las «piedras escritas» de los Tuareg berberiscos, en el desierto de Orán y en Marruecos (4), dato quizá digno de considerarse, enunciada como está la hipótesis de un origen común entre españoles y cabileños. Añádanse ciertas vasijas del despoblado neolítico de los Millares (Almería), con grabados y pinturas, que guardan alguna similitud con las del Egipto prehistórico (5); y no es ello sólo, sino que en nuestra misma región, y conocidas relativamente desde ha muchos años, existen series de pictografías análogas. La principal es en Fuencaliente, dentro de sierra Morena, donde hay unas peñas y cuevas llenas de pinturas, que se enviaron copiadas, inhábilmente, al conde de Floridablanca en 1783 (Fig. 9); Madoz publicó de ello una noticia

(1) Copiados por Nadaillac, Mortillet, Cartailhac, Fergusson, etc., en sus conocidas obras.

(2) Se dibujó en lámina suelta de *Primeros pobladores históricos de la península Ibérica*, por D. Francisco Fernández y González. Otros grabados rupestres hay en el monte Carras (Almóite: Orense) de que dió noticia vaga Hübner; mas no es factible compulsar su cita en la Academia de la Historia (*Monumenta linguæ Ibericæ*, n.º XLVIII.).

(3) Leite de Vasconcellos: *Religiões de Lusitania*, I, págs. 361, 364 á 366.

(4) Fotografiada una de ellas por Du Taillis: *Le Maroc pittoresque*, pág. 33. Véanse también; Gsell: *Monuments antiques de l'Algérie*, I, figs. 10 á 14, y Bonnet: *Revue d'Ethnographie*, VIII, pág. 149.

(5) L. Siret: *Orientaux et occidentaux en Espagne y Religions néolithiques de l'Iberie*. — Capart: *Les débuts de l'art en Egypte*, figs. 13, 73 y sigs.

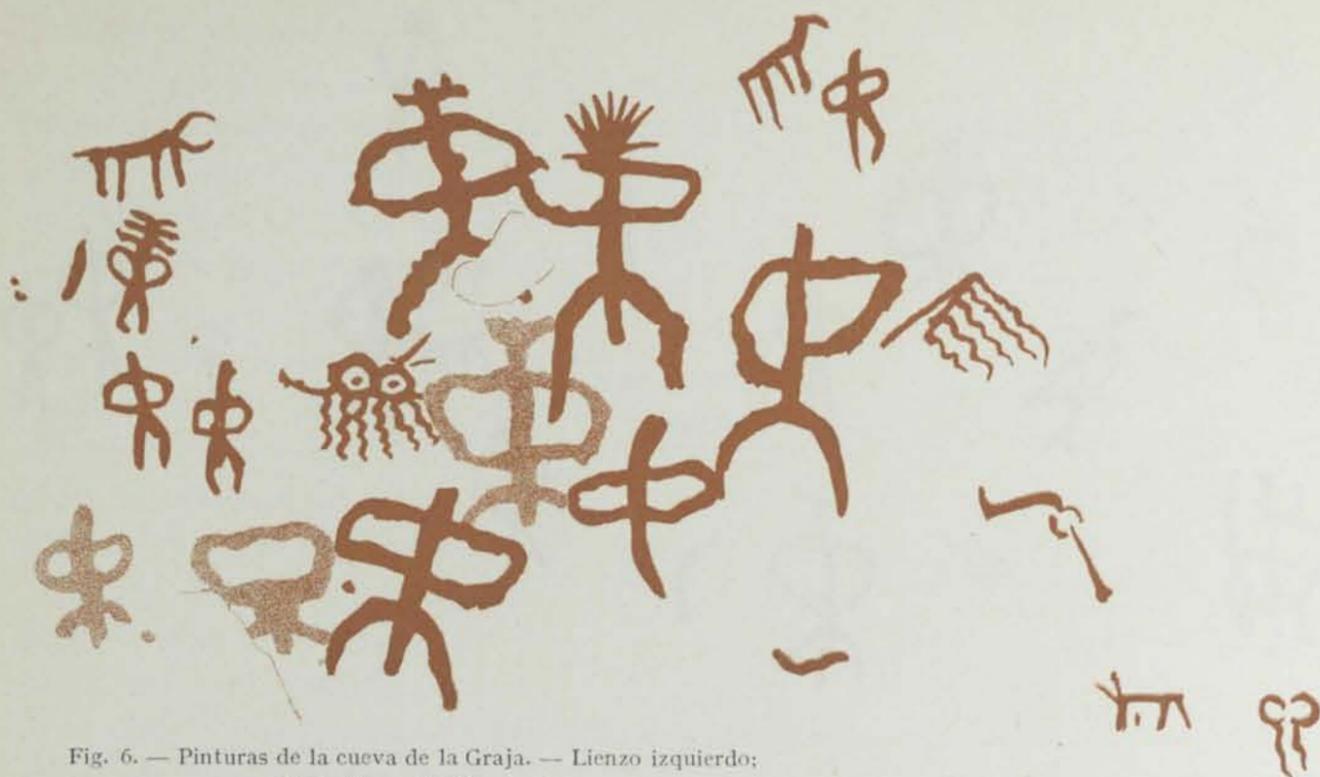


Fig. 6. — Pinturas de la cueva de la Graja. — Lienzo izquierdo; grupo alto — Escala, 1 : 4.

bastante circunstanciada (1), y más tarde los señores Góngora y Fernández y González se dieron por satisfechos con reproducir las copias susodichas (2); pero ésta es la hora en que nadie ha ido, que yo sepa, á estudiarlas directamente, según se merecen; y como entre nosotros quedan

sin abordar las cuestiones algo nuevas y arriesgadas, tanto más viniendo por malas manos, síguese el no aludir á ello sino con recelosa parsimonia. La propia suerte corren otros signos, trazados en una peña cerca de Tarragona, en el valle del Ladrón, á unos doscientos pasos del manso de Llorç, que se copiaron en 1830 (3); y porque guardan mucha semejanza con los de Fuencaliente, según reconoció Hübner, y no están publicados, aquí repito dicha copia, sobre calco hecho por don Antonio Blázquez á ruego mío (Fig. 10).

Una de las cuevas santanderinas, la del Castillo, contiene pinturas y grabados muy varios: unos, magdalenianos como los de Altamira; otros, inexplicables como los de la primera serie anterior, y también dos figurillas humanas parecidísimas á las de Fuencaliente, según reproducciones del Sr. Alcalde del Río (4). Al pronto, esta concurrencia parece desvirtuar lo dicho, respecto de

(1) *Diccionario geográfico de España*, VIII, pág. 201.

(2) Góngora: *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, figs. 70 á 78. — Fernández y González: *Primeros pobladores.....*, lámina suelta, con una copia diversa de las anteriores y acaso preferible.

(3) Por D. Félix Torres Amat, para la Academia de la Historia. Tomé la noticia de Hübner: *Monumenta.....*, n.º XIII.^a

(4) *Las pinturas y grabados de las cuevas prehistóricas de la provincia de Santander*. 1906. Lám. X, n.º 24.



Fig. 7. — Pinturas de la cueva de la Graja. — Lienzo derecho (a)

una distinción cronológica y social entre ambos órdenes de representaciones; pero, lejos de ser así, el subsuelo de la cueva misma agrega brillante comprobación, con mantener, sobre vestigios magdalenianos como los de las otras cuevas pintadas, abundancia de pedernales y cerámica correspondientes al período neolítico, evidenciando que estuvo habitada la cueva en dos etapas diversas, que conciertan muy bien con las dos fases de arte aludidas.

También Góngora dió á conocer las pinturas de otra cueva, cerca de Vélez Blanco (Almería), donde parecen rastrearse analogías con lo de la Graja; pero sus reproducciones, descuidadas y vagas, hacen poca fe ⁽¹⁾; habrá, pues, de estudiarse todo ello nuevamente para que adquiera valor científico, sobre la base firme de criterio logrado ya mediante las pictografías de Jimena ⁽²⁾. Por ahora, baste considerar puntos de contacto entre estos ejemplares del oriente de la Península y de Berbería, y que en vista de ello se impone el agruparlos; no obstante, sus figuras varían demasiado, según lo dicho respecto de la primera escuela, para que se induzca un sistema de escritura fijo, comparable ni aun de lejos á los jeroglíficos orientales. Salvo un grupito de Jimena y otro de Tarragona, en todo lo demás ellas aparecen disociadas, y su repetición misma y desorden hacen creer que expresan conceptos simples, coordinados ó no; pero en modo alguno palabras, y menos aún sonidos.

(1) Obra citada, figs. 81 á 87. El autor se valía de artistas amigos para sus reproducciones, pues él no dibujaba. El cementerio que allí cerca exploró debe ser de moros, á juzgar por los datos que él mismo aduce.

(2) El Sr. Leite de Vasconcellos (*Religiões.....*, I, pág. 389 nota, y fig. 430) habla de pinturas hechas con ocre rojo en losas de algunas antas (dólmenes) de la Beira alta, con hombres, cuadrúpedos y arabescos. No reproduce sino dos figuras humanas muy sumarias, y ello es insuficiente para formar juicio.

Ahora tratando de explicar las pictografías de Jimena, hallaremos que abundan en imitaciones de seres animados, más que las otras de España. Con esfuerzo no pequeño, habremos de adivinar, efectivamente, algo humano en aquella turba de figuras constituídas por una curva cerrada y una recta vertical atravesándola, que por abajo se bifurca ó trifurca, más ó menos arqueada, y por arriba suele rematar en grupos de líneas cortas, á modo de penacho ó corona, y, dos ó tres veces tan sólo, en algo redondo que po-

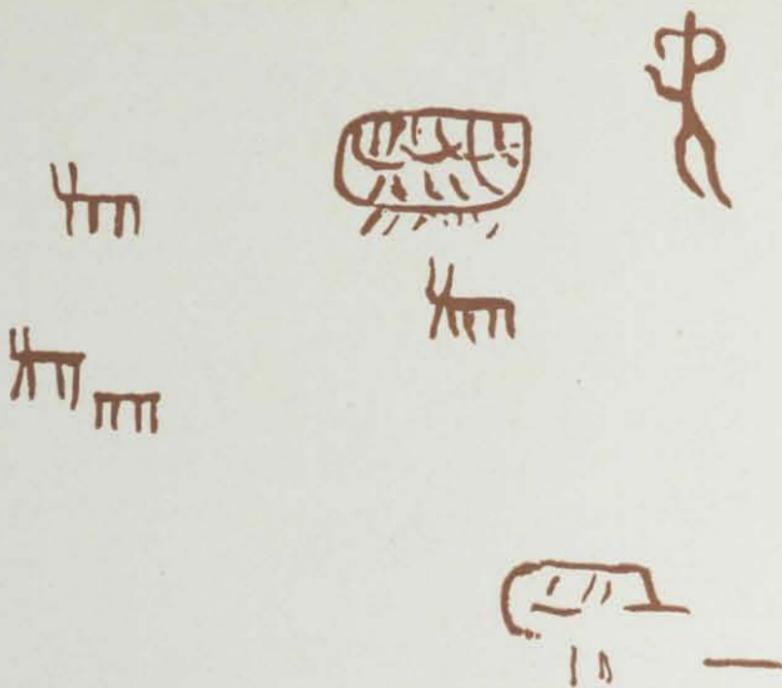


Fig. 8. — Pinturas de la cueva de la Graja. Lienzo derecho (b)

dría llamarse cabeza: serán el esquema de un hombre puesto «en asas», ó sea con las manos en la cintura, actitud de que no recuerdo ejemplos antiguos sino en pequeños bronce ibéricos (1), en figurillas votivas cretenses de bronce y arcilla (2), y en los sarcófagos caldeos de Warca, atribuídos al período de los reyes Partos (3). Pero, como en las piezas cretenses menos rudas no se llevan á la cintura las manos sino al pecho, es de creer que así sea la actitud real, de adoración acaso, aunque, para hacerla más sensible, resulten doblados hacia abajo los brazos; y aun rigurosamente así lo expresan muchas de nuestras pinturas, con dejar buen trecho entre brazos y piernas. Respecto de la triple extremidad por abajo, pudiera ser la de en medio un taparrabo, cual se ve en dibujos australianos (4), y nótese que las esculturas cretenses de Hagia Triada

muestran un apéndice análogo (5). Finalmente, los muñecos de Jimena, con sus diversas formas de remates, acusando tal vez jerarquías, inician lo convencional, el signo entrando en acción, según tendencia más desarrollada en Fuencaliente.

Otras representaciones inducen á ver con certeza cuadrúpedos, con sus orejas ó



Fig. 9. — Figuras de Fuencaliente, según copias del siglo XVIII.

- (1) Mérida: *La colección de bronce de D. Antonio Vives*, figs. 12 y 18.
- (2) Maraghiannis: *Antiquités crétoises*, I, láms. XXIX y XXXIII.
- (3) Muchas veces reproducidos, por ejemplo en Gayet: *L'art Persan*, págs. 87 y 89.
- (4) Andree: *Ethnographische Parallelen und Vergleiche*.
- (5) Mosso: *The Palaces of Crete and Their Builders*.

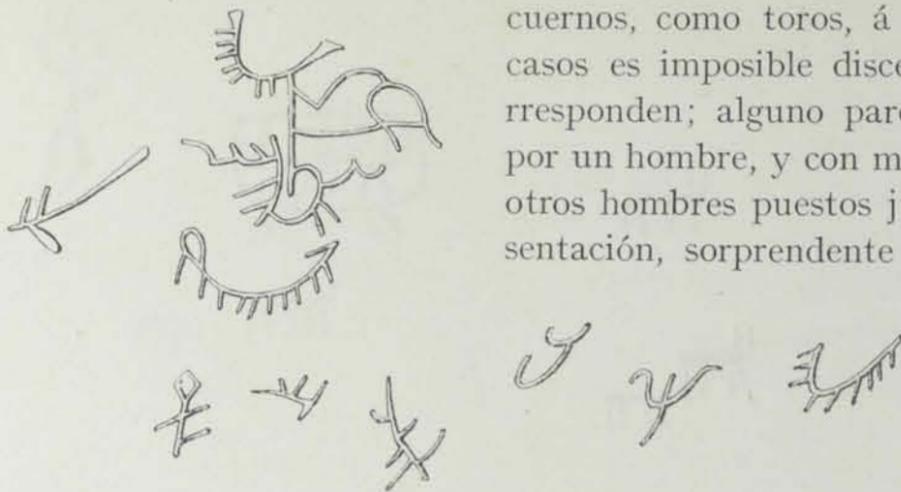


Fig. 10. — Grabados rupestres, cerca de Tarragona, según dibujo.

cuernos, como toros, á veces; pero en los más casos es imposible discernir á qué especies corresponden; alguno parece adivinarse montado por un hombre, y con más claridad reconocemos otros hombres puestos junto á reses. Una representación, sorprendente por su fijeza de líneas, es de un pulpo, con grandes ojos, y ocho tentáculos, dos de ellos extendidos y los otros cayendo en sinuosas líneas (Fig. 12). Ignoro si algún otro molusco, acaso un ar-

gonauta, significarán dos rectas en ángulo agudo, y pendientes otras cinco onduladas, que hacen recordar uno de los signos jeroglíficos hititas () contenidos en el sello bilingüe de Tarcudimo (1). Hay más figuras, de aspecto diverso, mal conservadas ó indefinibles, que no acierto á explicar, y por último, unas rayas, como signos del todo convencionales probablemente. Son grupos de trazos paralelos, en número de seis, ocho y cinco, estos últimos ligados mediante otro por arriba, que implican idea de numeración; también, otras pinceladas gruesas, ya simples ya en forma de T.

Notabilísima es una agrupación de figuras, encajada en angosta oquedad de la peña, donde se perciben seis ó siete signos inexplicables, salvo un pequeño pulpo acaso, y debajo un cuadrúpedo; en tal disposición, que podríamos juzgarla como jeroglífico propiamente dicho. No basta, sin embargo, su aspecto, y desde luego que en vano he buscado concordancias formales entre ello y los signos egipcios, hititas y cretenses (Fig. 13).

De todo lo susodicho, el pulpo dice relación precisa con algo conocido, bastando ello para esclarecer el misterio de tan peregrinas obras. Efectivamente, una de sus variedades, que llaman octópodo, es atributo artístico de un solo pueblo, que yo sepa, el Egeo, en su doble manifestación neocretense y miceniana; persevera en monedas helénicas y etruscas de Eubea (Eretria), Sicilia (Siracusa) é Italia (Tarento, Cortona, Populonia), y ya no hallo más apariciones sino en nuestro suelo, donde le tenemos dos veces pintado sobre una de las vasijas arriba aludidas de los Millares (2). Respecto de esto, su preclaro descubridor,

(1) Berger: *Histoire de l'Écriture*, pág. 114.

(2) *Religions néolithiques*, pág. 24, y láminas IV y XIII, donde se reproducen huesos pintados y vasijas grabadas con otras representaciones del pulpo mucho más libres, pero seguras, y procedentes de los Millares, Almizaraque (Cuevas de Vera) y Gorafe (Granada), siempre en estaciones neolíticas. Más ejemplares van dibujados en las páginas 10 á 12, cuyo modelo originario apenas es reconocible, pero su carácter de símbolo religioso parece indubitado.

don Luis Siret, ha hecho patentes muchas concordancias egeas que brillan en el arte de dicha localidad, como también su clasificación dentro del período neolítico, y así lógicamente cabe atribuir al mismo nuestras pinturas.

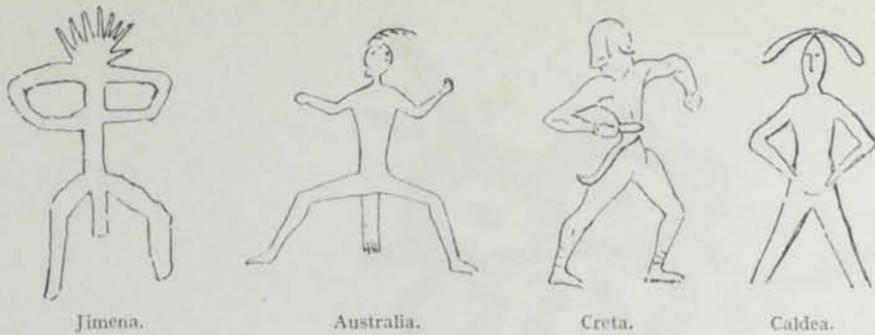


Fig. 11. — Comparación á base de las figuras de Jimena.

En los Millares, cerca del golfo Urcitano, gran puerto natural, harto mejor que Almería, en lo antiguo, cuando las arenas del río de Andarax no habían llegado á colmarlo, son explicables las influencias exóticas; y aquel despoblado misterioso pudo ser metrópoli de colonizaciones por mar remotísimas, como infiere el Sr. Siret, atraídas por nuestra riqueza de suelo, antes y mejor que Tarragona, Cartagena y Cádiz. Desde allí el acceso á la cuenca alta del Guadalquivir es directo y fácil, de suerte que los Millares, Jimena, Vélez y Fuencaliente, donde nuestras pictografías radican, pudieron ser jalones de una misma intrusión; respecto de Tarragona, su gigantesco recinto habla demasiado alto en voz egea, y véase cómo parecen orientarse hacia el otro cabo del Mediterráneo las localidades referidas. Nótese que, tierra adentro como está Jimena, la representación del pulpo no habría de surgir espontáneamente, sino que, ó se la copió de obras extrañas, ó sus autores procedían de país marítimo, según es más verosímil, en atención á que la figura de la cueva no proviene de los tipos estilizados del pulpo, que el arte egeo y aun el ejemplar de los Millares suministran, sino que directamente se inspiró en el natural, suprimiendo la masa de cabeza que los ejemplares orientales conservan siempre. Por consecuencia, resulta verosímil creer de origen egeo — tomada esta designación en sentido geográfico amplio — á los pintores de la cueva, desgarrados hacia nuestros países antes que el arte hubiese convertido por allá en temas decorativos las antiguas pictografías, y asimismo antes que otros signos lineales modificasen el carácter de su escritura, cual hoy se va descubriendo con sorpresa vivísima.

Del arte oriental primitivo, que había de responder á éste del neolitismo español, ha deparado ya Creta algunos monumentos análogos, en vasijas y sobre todo en sellos con representaciones ideográficas, muy afines de las españolas, si bien distintas ⁽¹⁾; además, conocemos un foco de población, como reflejo distanciado pero sincrónico del mismo estado social, en Hissarlik, y paralelismos elocuentes suministra el Egipto antes de los Faraones. Luego, el arte y la escritura hicieron allí progresos enormes, que ya no alcanzamos en nuestros confines, como si la afluencia de orientales se hubiese cortado desde antes, dejando

(1) Evans: *Cretan Pictographs*. 1895.



Fig. 12. — Cueva de la Graja: tamaño natural.

aquí por fase permanente lo que constituye el neolitismo; aislamiento que no parece convenir á lo que sabemos del sistema colonial fenicio, siempre irradiando desde la patria para refluir en su provecho, sino que más bien recuerda aquellos éxodos de pueblos emigrantes, que la tradición griega conmemoró bajo forma de mitos. Por lo demás, esta suposición nada tiene de nueva, ya que vienen todos reconociendo un puntual concierto de nuestro rico neolitismo con el arte de las costas orientales del Me-

diterráneo, bien lo testifiquen grandes obras de arquitectura, ó menudencias aglomeradas en las necrópolis, ó unos mismos símbolos religiosos.

¿Qué dirán las pictografías de la cueva de la Graja? Incertidumbre la más absoluta envuelve cuanto respecta á la sociedad neolítica; pero sobre el indicio que el culto de sus muertos suministra, probando creencias ultraterrenas muy vivas, y si consideramos el arraigo enorme que la teoría de los espíritus, maleficios, conjuros y amuletos ha logrado en la especie humana, tal vez no parezca inverosímil suponer aquella cueva lugar sagrado, como lo sería otra de Despeñaperros, donde aparecieron bronce votivos ibéricos á centenares ⁽¹⁾; y créese no ser la única donde esto se ha verificado en la misma provincia de Jaén. Es posible que la cueva de la Graja obtuviese culto gracias á sus chorreras de agua, sabiéndose que ciertos manantiales fueron objeto de veneración primitiva, y es posible también que sus pinturas rojas valiesen como talismanes. Explicadas así, se comprenderá muy bien el papel ideográfico que desempeñaban, y su diferencia respecto de la escritura propiamente dicha.

Fuera de la cueva, se ha descubierto algo que sirve de complemento á dichas enseñanzas. Hallada en tierras de labor al pie de aquélla, conserva don Eduardo Cobos una hacha de piedra, con 125 mm. de largo, cilindroidea y pulimentado tan sólo su corte. Además, junto al pueblo de Torres, como dos leguas desviado hacia sudoeste, se ha visto un sepulcro neolítico bien curioso, cuya noticia debo al mismo Sr. Cobos, poseedor de los principales objetos que encerraba. Ello fué en 1907, cuando llamó la atención de un labrador cierta gran piedra que cubría un hueco; reconociólo y apareció un pozo vertical, como de 1,50 m. de hondo y 0,90 de anchura, abierto junto á un gran acantilado, entre las peñas caídas del mismo; abajo, mostraba la roca viva una abertura lateral, como de un metro, y ella introducía en un covarrón, al parecer natural, de unos cuatro metros de amplitud y otra tanta altura, cuyo suelo, cubierto de petrificacio-

(1) Sanders: *Un centro de culto ante-romano en el Sur de España*. *Ateneo*, I, 376.

nes calcáreas, retenía envueltos muchos huesos humanos y productos industriales. Lo visto por mí ha sido: fragmentos de huesos largos y de costillas, parte de un cráneo y su maxilar inferior, que parece de hombre joven y robusto, mas no grande; un tazón, de 16 cms. en su mayor diámetro y 10 de altura, con suelo convexo y paredes tronco-cónicas estrechando hacia la boca, sin asas, fraguado á mano y con el aspecto usual de la cerámica neolítica; le acompañaban otros dos vasijas análogas y aun más aplastadas; una hacha de piedra, de 11 cms. de largo, y no muy pulimentada tampoco; varios cuchillos, de los consabidos de pedernal tajado á facetas, que alcanzarían unos 20 cms.; una punta de lanza muy notable, hecha también de pedernal, toda á retoques, sutilísima, y en forma de triángulo, con 46 mm. de base por 110 de altura, y 6 de grueso máximo; por fin, una concha de cíprea, horadada para ensartarla. El tal sepulcro, con su pozo vertical, trae recuerdo de los hipogeos egipcios, chipriotas, fenicios y también sicilianos más antiguos, pero constituye novedad en nuestro suelo: compárese con las cuevas de Cesareda en Portugal, sin embargo.



Fig. 13. — Cueva de la Graja.

En tiempos ya relativamente modernos, habitaban el territorio en cuestión Oretanos, limítrofes de los Bastitanos, á quienes correspondía la ciudad muy cercana de Mentesa, hoy la Guardia. Ignórase de los Oretanos si formaban nación de por sí; mas lo probable es que fueran Túrdulos, y aun hay algún indicio, puesto que si Estrabón les atribuye la Andalucía alta, llegando hasta cerca de Málaga, Tolomeo á su vez no registra por allí sino Túrdulos y Turdetanos, que eran una misma gente, al enumerar sus ciudades. Lo que sí parece, es haber sido región minera por excelencia, si bien hacia la parte de Jimena no he visto sino alguna explotación escasa y moderna de hierro. A la parte septentrional del Guadalquivir era Castulo metrópoli de Oretanos, entre otras varias ciudades, sobre el paso de las regiones levantina y manchega para la Bética. En la banda meridional aparecen solas Tugia, al otro lado del Guadiana menor, y una ciudad de nombre desconocido, en territorio de Jimena precisamente, hacia ocaso, tan grande, fuerte de sitio y copiosa en vestigios romanos y de períodos anteriores, que de seguro logró una importancia excepcional, haciendo más raro el hecho de ignorarse su nombre (1).

Allí fué descubierto, de seguro, en 1618, el célebre vaso de plata con inscripción tartesia, mal llamado de Castulo, que apareció lleno de denarios roma-

(1) *Corpus inscriptionum latinarum*, II, pág. 451. Tres inscripciones más, que en el sitio he visto y leído, no aclaran tampoco el problema.

nos é ibéricos, ninguno posterior al año 90 antes de Cristo ⁽¹⁾. De allí proviene el bellissimo fragmento de jarro greco-fenicio, de cobre y plata, que compró en Granada el Sr. Vives y forma parte de su gran colección ⁽²⁾. Allí hay aún capiteles corintios extrañísimos; otros del tipo dórico español, que constituyen propiamente un sub-orden nuevo; basas áticas, fustes remedando troncos de palmera, un leoncillo arcaico, un busto del Otoño junto á voleos de follaje, estelas sepulcrales y votivas, piedras de molino, enorme cantidad de restos arquitectónicos, y sepulturas con tazones elegantes, modelados á mano y teñidos de rojo. Además, el sitio está lleno de ruinas, indicando grandes edificios, un acueducto, aljibes, muralla de recinto, etc., desparramados en un altísimo cerro, que domina gran territorio, y por varias lomas y vertientes ligadas con él, bordeando el riato de Torres, que todo fué ciudad. Su ruina debió sobrevenir en tiempo muy antiguo, explicando ello la falta de cosas árabes que allí se observa, si bien hubo de conservarse una fortaleza en lo más encumbrado, de donde vino el llamársele aún cerro de Alcalá. Otro nombre, más comprensivo y antiguo, es el de heredamiento de Recena, que, desde el siglo XIII, designa aquellos contornos, por un despoblado con su torre, que se ve por bajo del sitio antiguo á no mucha distancia. Ahora bien, si éste heredó el nombre de la ciudad oretana, cabe fantasear alguna suposición, recordando la *Erisana* ⁽³⁾, donde Viriato acorraló al general Fabio Serviliano, y cuyo nombre abona en cierto modo un rótulo de ánfora del año 154, que parece leerse *Iresanum* ⁽⁴⁾. De ello á Recena la derivación resulta fácil, y sin embargo todo es incertísimo.

(1) A. Delgado: *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España*; I, 149. El vaso está perdido, aunque el museo del Louvre muestra una burda falsificación suya.

(2) J. R. Mélida: Estudio arriba citado; lám. XXXI.

(3) Appiano: *Guerras hispánicas*, 68.

(4) Dressel: *Corpus inscr. lat.*, XV, n.º 4311.